

# La herencia emotiva del trauma: la novela actual sobre la guerra civil española entre recuerdo y reescritura

MAURA ROSSI  
*Università di Padova*

## *Resumen*

En la época contemporánea – setenta y cinco años después de acabada la guerra y a las cuatro décadas de la muerte de Francisco Franco – la omnipresencia del conflicto fratricida en el ámbito literario y – más en general, en el cultural – parece no solamente reconfirmada en su productividad, sino, si es posible, incluso incrementada. En el marco de un debate socio-político que de manera cada vez más difusa aprovecha cuestiones vinculadas con el conflicto como terreno de enfrentamiento y en un contexto de agotamiento progresivo de la memoria testimonial relativa al trienio bélico, se observa sobre todo en los últimos veinte años una generalizada tendencia a la reflexión memorialista o, por lo menos, a la temática del pasado no solamente entre los grandes nombres de la literatura española de nuestros tiempos, sino en una serie de productos culturales y mediáticos de muy amplia difusión y en ocasiones incluso de dudosa calidad artística. El artículo trata de sondear un tópico (trans)narrativo de evidente actualidad en la literatura española contemporánea, a saber, la evocación persistente de la guerra civil en la escritura de las generaciones segunda y tercera. Reflexionando alrededor del concepto de generación desde un punto de vista tanto sociológico como literario y deteniéndose específicamente en el análisis de la novela, el objetivo del estudio propuesto es matizar la compleja relación que la memoria traumatizada entretiene con los herederos de quienes asistieron a su acontecimiento fundador, con tal de evaluar la legitimidad perspectivista de quien escribe sobre memoria utilizando como fundamento de su narración un material que no es ‘de primera mano’.

*Palabras clave:* trauma, postmemoria, guerra civil española, escritura transgeneracional, transmisión.

## *Abstract*

In contemporary times – seventy-five years after the end of the civil war and four decades after the death of Francisco Franco – the omnipresence of the fratricidal conflict in the literary and, more generally, cultural field in Spain seems not only reconfirmed in its productivity, but, if possible, even increased. In the framework of a socio-political debate which, in an ever-increasing way, uses the conflict as a ground for confrontation and in a context of progressive disappearance of the testimonial memory about the war-period of 1936-1939, especially in the last twenty years it is possible to observe a widespread tendency towards ‘memorialist’ reflection or, at least, to the theme of the past not only among the great names in Spanish contemporary literature, but also in a series of rather popular cultural and media products, sometimes characterized by a limited artistic quality. This article tries to tackle a (trans)narrative topic which

is undoubtedly central to contemporary Spanish literature, namely the persistent evocation of the civil war in the writing of the second and third generations. Reflecting about the concept of generation from a sociological and literary perspective – with a specific focus on the analysis of the novel –, the goal of the study herein proposed is to clarify the complex relationship that traumatized memory entertains with the heirs of those who attended its founding event, with the aim of evaluating the legitimate status of the perspective brought along by those who write about memory using for their narrative a basic material that is not ‘first hand’.

*Keywords:* trauma, postmemory, Spanish Civil War, transgenerational writing, transmission.

En su análisis de la novela española de la postguerra observa Antonio Vilanova (1995: 295) que el conflicto marca para España el desmoronamiento del concepto ya bastante rehusado – orteguiano, podría decirse – de generación literaria, concretando más bien para el encasillamiento de los escritores y pensadores que operan después de su conclusión un factor aglutinante de talante eminentemente biográfico-cronológico, en la medida en que “precisamente el hecho fundamental que distingue [a los escritores de la posguerra] es la edad que contaban al estallar la guerra civil”<sup>1</sup>. La centralidad del enfrentamiento fratricida en la vida pública y privada – tan marcada como para convertir el trienio 1936-1939 en la referencia preferente a la hora de hablar de generaciones – se compagina, además, con una crisis generalizada del paradigma generacional, evaluado ya por numerosos críticos como forzoso, limitativo e incluso despótico, pues

Sustituye la dinámica social concreta por una artificial y abstracta dialéctica [...] donde lo que subyace es la recomposición de un orden anterior monolítico [...]. [E]s la sustitución del yo por un nosotros arbitrario; no es la incardinación de la persona en la historia, sino la instalación en el disco rayado de lo permanente ahistórico. (Gambarte, 1996: 672)<sup>2</sup>

Prueba de cierta crisis del anquilosado modelo generacional en la crítica contemporánea es el escaso éxito que ha cobrado en la última década el *tag* de

---

<sup>1</sup> Sobre la base de la combinación entre el dato biográfico y el cronológico queda establecida la primera propuesta de categorización generacional de la escritura de la postguerra, a saber el concepto de ‘Generación del medio siglo’, dentro de la cual entraría el “grupo de escritores jóvenes que contaban de seis a diez años al estallar la guerra civil” (Vilanova, 1995: 295) y que se caracterizaron por “su capacidad de organizarse como grupo coherente y activo” (Mainer, 1994: 140). Pese a que su empleo haya cobrado cierta difusión en la crítica literaria de la época democrática, cabe apuntar que se trata de una etiqueta que no resulta comparable en su productividad y eficacia aglutinante con los lemas conceptuales utilizados para designar, por ejemplo, a la ‘Generación del ‘98’ o a la ‘Generación del ‘27’.

<sup>2</sup> En un reciente artículo de opinión publicado en *El País* el crítico Miqui Otero (2014) expresa una postura parecida en relación con el uso en nuestra época del concepto de generación literaria, concebido en términos utilitaristas – y acaso incluso castrantes – como una “convención que emplea la prensa para entender su tiempo o las editoriales para arañar ventas”. En la lectura de Otero, la tendencia a ‘generacionalizar’ choca además con la resistencia de los mismos autores contemporáneos, que ante ser englobados dentro de una categoría homogeneizante prefieren destacar la singularidad y particularidad de su obra.

‘Generación Nocilla’ o ‘afterpop’, empleado para clasificar a escritores supuestamente nacidos “en torno a 1970” – es decir, los *baby-boomers* – y caracterizados por su “inconformismo e indignación con el mundo literario convencional”; su novedosa conciencia tecnológica y, en consecuencia, su tendencia a utilizar blogs y redes sociales “no sólo como cuaderno[s] de bitácora, sino como campo[s] de experimentación para sus propias obras de ficción”; su firmeza en “no rechaza[r] la literatura como negocio, pero [...] oponente[rse] violentamente a hacer concesiones”; y, en última instancia, por la hibridación genérica y la intertextualidad internacional que se aprecian en sus obras, sobre todo respecto a los modelos literarios estadounidenses (Azancot, 2007)<sup>3</sup>.

En lo que se refiere a la literatura española contemporánea, la escasa consistencia del hermanamiento entre dato literario y generacional resulta patente si se adopta un enfoque de tipo temático, es decir si se ciñe el análisis – como estoy proponiendo en este artículo – al tema de la guerra civil y a su consistencia actual. En efecto, tan solo una observación somera de la literatura producida en las últimas dos décadas permite averiguar que la presencia del conflicto en la novelística es ampliamente transversal desde el punto de vista generacional, puesto que constituye un terreno de creación tanto para los jóvenes escritores – pertenecientes o no a la supuesta ‘Nocilla’ – como por autores cuya trayectoria compositiva se encontraba ya en una condición de amplia y reconocida solidez antes de que se midieran con el tópico (entre otros, Almudena Grandes, Andrés Trapiello, Manuel Rivas, etc.). Es más, la producción reciente de novelas con ambientación o argumento bélicos, elaboradas “en diálogo con los discursos cruciales de la historiografía, el periodismo y el debate político”, constituye un rumbo significativo, claro y hasta incluso podría decirse sistemático en la literatura peninsular, lo cual la convierte en un factor de interés primario, hasta la fecha más productivo y revelador respecto a cualquier intento ‘tradicional’ de parcelación generacional (en Hans Lauge Hansen y Juan Carlos Cruz Suárez en Hansen-Cruz Suárez, 2012: 29). En otras palabras, la gran cantidad de obras que desde mediados de los Noventa se mide con el conflicto permite afirmar que sí existe en la España actual una literatura ‘de la guerra civil’ – o ‘sobre la guerra civil’ –, y que se trata de una literatura que rompe las barreras de las corrientes literarias – o lo que de los *-ismos* sobrevive al impacto con la sociedad contemporánea – imponiéndose como un contenedor de paredes laxas y nebulosas, en el que converge una multitud heterogénea de escritores y que, al mismo tiempo, no se plantea como una etiqueta exclusiva, sino que resulta a

---

<sup>3</sup> Según la interpretación de Pablo Raphael (2011), que, planteándolos como dos estatutos diferenciados, contrapone los rasgos de los ‘Nocilla’ a la tendencia memorialista de la literatura española actual, “[l]a generación Nocilla es simplemente la puesta al día de una serie de ítems, de tags generacionales (Internet, determinadas películas, determinados videojuegos, cierto tipo de pop), remozados para un nuevo lector contemporáneo. [...] En Nocilla las sentencias cultas se intercalan con eslóganes publicitarios; la gramática se sustituye por el cálculo matemático; el giro lingüístico por el giro online; la alta cultura por la alta tecnología y la moda por un desaliño cuidadosamente calculado. [...] Más que un *afterpop*, lo que sucede con esta generación es un *latepop*[,] una versión remasterizada de los años setenta”. Al mismo tiempo, Raphael subraya que el fenómeno, así denominado por la obra *Nocilla dream* de Agustín Fernández Mallo, – siempre y cuando exista como realidad sistemática y sintética – es demasiado reciente para evaluar su impacto a largo plazo.

menudo compaginada dentro de la obra de un mismo creador con otras expresiones literarias en absoluto vinculadas con la actualización temática de los años 1936-1939. Asimismo, su crecimiento exponencial propio del periodo más reciente permite designar el debate memorialista desarrollado en el ámbito socio-político como un parteaguas que patentiza, respecto a la producción literaria precedente, el establecimiento de un intercambio consistente entre narrativa y sociedad civil, en la medida en que los escritores parecen captar unos impulsos latentes dentro de variados ámbitos extraliterarios y traducirlos en los contornos limitados y artísticamente definidos de la novela.

¿Por qué, entonces, hablar de cuestión generacional en relación con la literatura actual de la guerra civil? Sobre todo, ¿en razón de qué criterio cabe aislar, analizándolo aparte, el eslabón más reciente de un *continuum* temático que, como ya he recordado, perdura inagotable desde la misma conclusión de la contienda?

La razón principal – y, según opino, el dato distintivo del fenómeno que nos interesa – es que la mayoría de las obras relativas al conflicto salidas a la luz en las últimas dos décadas se caracteriza, según bien destaca Sebastiaan Faber (2010: 102), en primer lugar por

su insistencia en la idea de que las generaciones presentes tienen una *obligación moral* – además de una necesidad psicológica – de investigar el pasado y asumir su legado; y, en segundo lugar, su tendencia a desentrañar y afrontar los *dilemas e imperativos éticos* que surgen cuando se asume ese legado. (Énfasis en el original)

Más en detalle, la característica sobresaliente del uso literario de la guerra civil en la contemporaneidad es la presencia dominante de autores generacionalmente distanciados del conflicto, que sin embargo parecen sentirse investidos del rol de rememoradores herederos, es decir de explicitadores y recuperadores de una memoria de los padres y de los abuelos que perciben como largamente descuidada, cuando no conminada, y que intentan cauterizar por medio de su (re)elaboración en forma narrativa. De este impulso (meta)mnemónico brotan textos en los que el pasado no es sencilla y llanamente convertido en narración, sino por lo general puesto de relieve como un patrimonio preciado que peligra con ser perdido para siempre, o bien enfocado en relación dialéctica con el tiempo presente, haciendo hincapié en la cuestión de la determinación de la identidad, limitadamente a un conocimiento que se supone incompleto de los antecedentes históricos familiares y colectivos. Se trata de obras que, en resumidas cuentas, a menudo se proponen ‘hacer memoria’ – o, según Labanyi (2007: 99) desarrollar “an exercise in historical witnessing” – o que, aun cuando no resultan configuradas como eminentemente ‘memorialistas’, problematizan y comentan ese mismo cometido entre sus páginas, captando las inquietudes de la sociedad civil y participando en ellas<sup>4</sup>. Por ende, estamos hablando no de una literatura ‘de la historia’,

---

<sup>4</sup> Cabe matizar que el contexto socio-cultural en que se desarrolla y queda recibida la novela de segunda y tercera generación sobre la guerra civil es una marcada y, en cierta medida, novedosa mnemo-conciencia por parte de la sociedad española contemporánea. En otras palabras, la narración sobre memoria elaborada en la actualidad interactúa con los debates políticos, cívicos, periodísticos y jurídicos que en las

sino más bien de una literatura ‘de las historias’, donde las vivencias subjetivas – presentes y pasadas – adquieren una relevancia primaria en una óptica recuperacionista, y el acto de narrar suele asumir un halo terapéutico y purificador<sup>5</sup>. Según la lectura de Pablo Sánchez León, es justamente sobre la base de su “intento de recuperación del punto de vista subjetivo” como semejante tipología de literatura ha llegado a competir con la reconstrucción histórica en la conquista de la empatía de los consumidores, pues

Es precisamente dicha ‘historia con sujeto’ lo que la historiografía de la guerra civil española ha sido incapaz de ofrecer al público. Es cierto que no es ante todo al público a lo que una historiografía debe responder, sino al rigor. [Pero en este momento] las identidades colectivas que buscan un pasado en que apoyar sus valores son bastante más variadas que la oferta que procede de las instituciones y del cuerpo de historiadores. (en Aróstegui-Godicheau, 2006: 131)

En otras palabras, dentro de la sociedad se patentiza una necesidad de explicitación de historias individuales – ‘subjetivas’ en cuanto propias de cada sujeto y, por ende, innumerables y cambiantes – que la frialdad aparente del objetivismo historiográfico no alcanza a satisfacer. De aquí la propuesta de una elaboración – con todas las implicaciones polisémicas del término – que vaya fundamentada en la escritura literaria, en el recuerdo narrativizado, en la memoria entretrejida con la ficción.

Ahora bien, según argumenta puntualmente Ulrich Winter en su reflexión alrededor de la evolución de la imagen literaria del conflicto, para la época democrática es posible perfilar en relación con la representación del macro-tema de la guerra una periodización indicativa, cuyas variaciones estriban por un lado en el progresivo alejamiento del marco socio-conceptual del franquismo, por el otro en un relevo generacional que, en lo que atañe a la autorialidad, con insistencia creciente supone una sustitución de la voz de los testigos por la mirada diferida de los hijos y de los nietos. Más en detalle,

En un primer momento, entre la muerte del dictador y 1982, una parte considerable de novelas está marcada por el traumatismo. Hasta mediados de los noventa, este paradigma se ve remplazado cada vez más por la estetización y desrealización metaficcional de la Historia, mientras que los últimos dos lustros están bajo el signo de una política estética de la reconciliación que interioriza – a veces irónicamente – el escepticismo historiográfico de los años ochenta. Con el progresivo desligamiento de las generaciones respecto a la época totalitaria se transforma la actitud frente al pasado, su interés para el presente y el futuro. El consiguiente cambio de posturas – traumatismo,

---

últimas dos décadas han subrayado la necesidad de volver a enfrentarse con el pasado conflictivo de la nación, en el marco sociológico que coincide con “la madurez [de] unas generaciones de ‘nietos’ de la guerra que apenas tienen ‘memoria’ (porque la memoria es producto de la vivencia biográfica directa) de la dictadura y solo pueden tener acaso ‘conciencia’ sobre su historia (porque dicha conciencia histórica es el resultado de relatos, imágenes, lecturas e informaciones mediadas e indirectas)” (Moradiellos, 2012: 278).

<sup>5</sup> Señalo que en su estudio de la transposición discursiva de las experiencias traumáticas el crítico holandés Ernst van Alphen (1999: 33) establece una conexión directa entre la superación fallida de un dado suceso desgarrador y la “impossibility of activating a narrative framework”, es decir la incapacidad de conferir a la memoria la forma de un relato.

estetización, reconciliación – conlleva el cambio de narrativas, imágenes, estilos de representación y – con mayor intensidad desde los años 90 – de reflexión metapoética. (Winter, 2006: 10)<sup>6</sup>

Parafraseando las palabras del crítico alemán, se ha asistido desde el final de la dictadura a una ‘evolución’ literaria, cuyo punto de partida va constituido por una transposición del conflicto centrada en el componente traumático, señal inequívoca del hecho de que seguían primando las memorias vivas de quien había sufrido en primera persona tanto la guerra civil como la inmediata postguerra. El punto de llegada, en cambio, coincide con la literatura escrita en nuestros días, caracterizada, según Winter, por un espíritu reconciliador que es propio del efecto taumatúrgico y cicatrizante – o, al menos, suavizante – del paso del tiempo, es decir de una perspectiva que pertenece no ya al sujeto afectado, sino a los receptores de su experiencia que, a su vez, se convierten en narradores e intentan enfrentarse al legado emotivo del conflicto, con actitud de recomposición de un panorama anímico que perciben como fragmentado. En fin, una alteración – o, mejor dicho, una natural progresión – de la perspectiva literaria que es colateral respecto a la desaparición paulatina de la que Assmann (1995) definía ‘memoria comunicativa’.

Respecto a esta última consideración, cabe recordar que Maryse Bertrand de Muñoz (1986: 26) insertaba en su análisis bibliográfico de la guerra civil en la novela española tanto las obras escritas por autores que guardaban algún que otro vínculo biográfico con la contienda, como textos que eran pura recreación literaria debido a que iban elaborados por autores nacidos después del conflicto. Así, las categorías fijadas por la crítica canadiense de ‘guerra vivida’, ‘guerra presentida’, ‘guerra recordada’ y ‘guerra referida’ hacían referencia a un criterio eminentemente ‘interno’ respecto a los textos, es decir que se basaban en las modalidades con las que la guerra civil iba representada en sus páginas, desvinculándose por completo del dato generacional relativo a sus autores. A saber, Bertrand de Muñoz establecía una suerte de miscelánea biográfica según la cual, indirectamente y en tiempos de vitalidad indiscutida de la perspectiva testimonial, reconocía tanto a los testigos como a sus descendientes un paritario derecho de convertirse en narradores de una experiencia que para algunos era vivida, para otros tan solo escuchada. Trasladándome del texto al contexto y generalizando la postura que acabo de exponer, el dato sobresaliente sería, entonces, no la vinculación directa entre el autor y la época que este utiliza como punto de reflexión creativa, sino el hecho de compartir un mismo antecedente sociológico e histórico que, a pesar de formar parte o no del equipaje biográfico personal, se distingue por su relevancia y, por consiguiente, por la continuidad en el tiempo del interés que suscita. Según propone Juan Antonio Mansoliver Ródenas (2004: 35),

A diferencia de las generaciones, que son diacrónicas, grupos en general antagónicos condicionados por los cambios históricos o, por lo menos, expresión de dichos cambios, lo

---

<sup>6</sup> Maryse Bertrand de Muñoz (1986: 85) fija el comienzo de cierto trueque en el enfoque del tema ya a principio de los ochenta, cuando registra que la guerra iba siendo “para los novelistas [...] un motivo de profunda reflexión, de hondo pesar por tener que aceptar responsabilidades comunes”.

contemporáneo lo concebimos sincrónicamente, como un conjunto no necesariamente armónico pero que comparte unas mismas experiencias o las consecuencias de unas mismas experiencias.

En la época de la que nos ocupamos, el panorama de autores en lo que se refiere a la novelización del conflicto resulta notablemente alterado respecto a los años Ochenta. Por un lado, por obvias razones de agotamiento vital, la contribución de los testigos a la narración de la guerra civil aparece hoy en día casi por completo suplantada por la de una cohorte heterogénea que abarca desde los nacidos en la inmediata postguerra hasta las instancias más jóvenes, biográficamente alejadas incluso de la época transicional. Por el otro, la producción literaria de los últimos veinte años nace y acontece en un *milieu* cultural – y, cómo no, político – de preocupación pública hacia el riesgo inminente de que determinadas porciones del pasado común vayan perdidas de forma irreparable, tragadas en el abismo del vacío memorial o de la falsificación impuesta desde lo alto, tanto a causa de la desaparición de quien ‘estuvo allí’ en su tiempo, como debido a los accidentes históricos que, supuestamente, han trabado cuando no impedido su libre explicitación. De la asunción generalizada de que “la Guerra Civil española está a punto de quedarse sin sus testigos directos” (Gómez López-Quiñones, 2006: 24) brota, entonces, el deseo intrínsecamente contradictorio de elaborar una ‘literatura de la memoria’ que no se apoya en un patrimonio mnésico personal, y que, a la vez, pretende rescatar y rearticular una historia que queda percibida como todavía problemática, desestabilizadora y punzante. En palabras de Antonio Gómez López Quiñones (2006: 24), una porción notable de la novela española contemporánea

muestra[...] el agotamiento de la guerra como memoria, el devenir inevitable de esta hacia un estatus historiográfico y la resistencia de algunos personajes ante este proceso de oficialización y objetivización. [Al mismo tiempo], deja constancia de los problemas epistemológicos que va a encontrar la cultura española para conocer y narrar lo ocurrido cuando lo ocurrido no se trate de una experiencia personal y no se guarde de ella, por lo tanto, ningún recuerdo directo.

En otras palabras, la literatura de hoy parece oponerse a una reconversión – que ya está en marcha – de la guerra en un ‘objeto’ histórico que no consigue suscitar adhesión emotiva en cuanto resulta percibido como escasamente participativo e inclusivo.

Si consideramos la guerra civil como ese macro-acontecimiento traumático que indudablemente es en el seno de la sociedad española, resulta claro que respecto a nuestros textos la cuestión generacional estriba en una compleja encrucijada del componente artístico con el sociológico. En efecto, más que la noción literaria de generación, lo que interesa en este caso es la distinción – neta, innegociable, objetiva – entre individuos para los que la guerra es biografía, y sujetos, generalmente hijos y nietos, que en cambio, pese a asumir el papel de rememoradores, cuentan con ella tan solo bajo la forma de un relato recibido y filtrado por una narración bien oral o bien procedente de fuentes escritas<sup>7</sup>. En este contexto, si bien es verdad, según apunta Carlos Martínez

---

<sup>7</sup> Para una definición sociológica del concepto de generación remito a Gallino (2005: 457-58), destacando que para el presente apartado me ceñiré al uso del término como sinónimo de “conjuntos de individuos

(1999), que los conflictos producen “huellas psicológicas” de comprobada duración transgeneracional – bien lo muestra la ‘memoria judía’, tanto la del holocausto como la de la cazada de la península ibérica en 1492 –, han surgido numerosos cuestionamientos alrededor del real valor pro-mnemónico de unas reconstrucciones que, en cuanto no fundamentadas en la mirada directa, se balancean entre memoria y pura ficción, y que, sin embargo, con notable insistencia resultan designadas y hasta incluso aclamadas como explicitadoras de un recuerdo colectivo percibido como largamente irredento<sup>8</sup>. Aunque no faltan los críticos que, como el escritor Antonio Colinas (2002: 71), zanján la cuestión afirmando que “toda la literatura que se hace es literatura de la memoria”, cabe ahondar en la naturaleza de la narrativización más reciente de la guerra civil, que se desarrolla dentro del más superficial de los varios “estratos” (Tusell, 2000) que componen el recuerdo compartido de la guerra.

La pregunta fundamental que se plantea ante una vinculación tan estrecha entre la retórica pública y privada de la memoria y un campo de acción y articulación que pertenece a generaciones posteriores respecto al trauma originario es qué contornos adquiere el relato del que Susan Sontag (2003) definió “the pain of others” – es decir, el dolor no nuestro, el que, con diferentes grados de cercanía y participación emotiva, contemplamos como espectadores –, cuál es su naturaleza intrínseca y, en última instancia, si en efecto cabe seguir hablando de ‘memoria’ o si, una vez más, nos encontramos ante el riesgo de vaciar por exceso argumentativo y verbal una etiqueta conceptual de primaria relevancia. Se trata, en resumidas cuentas, de la cuestión de la memoria heredada o aplazada, tan central y a la vez controvertida dentro de las sociedades post-traumáticas.

Para intentar ahondar en ella respecto al caso español empecemos, pues, por una reflexión etimológica alrededor del concepto de ‘trauma’, que, como es bien conocido, “aludía en su significado original a una herida corporal” (Álvarez Fernández, 2007: 45), dejando de lado por razones tanto de espacio como de complejidad las implicaciones rizomáticas de la necesaria distinción – histórica y social antes que literaria – entre memoria transmitida de las víctimas y de los victimarios<sup>9</sup>.

---

[...] nacidos en un mismo período[ que] por consiguiente se encuentran aproximadamente en el mismo punto de su ciclo biológico”. En particular, utilizaré la “concepción genealógica o parental de las generaciones[ que] calcula como una generación cada grado de ascendencia o descendencia biológica respecto de un individuo de referencia”, que en nuestro caso es el testigo del conflicto.

<sup>8</sup> Alrededor de la larga perdurabilidad del potencial traumático desencadenado por la guerra civil, observa José María Ruiz-Vargas que a partir de 1939 “[l]a guerra marcaría violenta e indeleblemente tanto la memoria de sus protagonistas directos e indirectos como la de sus descendientes y la de todas las generaciones futuras que, a fecha de hoy, sienten cómo ‘toda la historia contemporánea española – como escribe Reig Tapia – está marcada por la Guerra Civil’” (en Aróstegui-Gálvez, 2010: 139, con citas de *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*). José-Carlos Mainer, en cambio, define el conflicto un “estado de excepción y referente político fundamental de la vida española” (en Juliá, 2006: 135 [énfasis en el original]).

<sup>9</sup> Una pormenorizada reflexión alrededor del estatuto de las memorias vicarias de los herederos tanto de los vencedores como de los vencidos puede encontrarse en la última novela de Andrés Trapiello (2012).



Ahora bien, si se asume su connotación de marco, de rasgo físico impuesto por un impacto violento, en principio el trauma tan solo deja huellas en la carne viva de quien lo ha sufrido: las personas ajenas al suceso o a la época en cuestión – entre ellas los descendientes – sí pueden recibir alguna que otra versión de esa misma herida, pero se tratará en todo caso de una reproducción mediada, por los sentidos, por la narración del testigo, por la distancia espacio-temporal, o por la combinación de múltiples factores a la vez<sup>10</sup>. En palabras de Labanyi (2007: 111) “no narrative can do justice to the pain of those who experienced [...] atrocities at firsthand”. Así, solamente quien ‘estuvo’ en el trienio de la guerra civil – combatiendo en las trincheras, intentando captar noticias desde el exilio, siendo niño, en la edad adulta, etc.: no ahondaré aquí en distinciones ‘internas’ respecto a la categoría de los testigos<sup>11</sup> – puede considerarse estigmatizado por las consecuencias desgarradoras del suceso, mientras que los miembros de la generación de los hijos y de la de los nietos, por mucho que desarrollen “attempts to come to terms with the emotional and psychological legacy of the Spanish Civil War” (Leggott-Woods, 2014: 2), no producen recuerdos, sino, no con menor mérito, reconstrucciones.

A pesar de la incongruencia semiótica entre el ‘ser memorioso’ y ‘no ser testigo’, argumenta la crítica estadounidense Marianne Hirsch en su estudio de la memoria transgeneracional del holocausto que la irradiación mnemónica producida por un acontecimiento percibido como marcadamente desgarrador o catastrófico no resulta sometida a la acostumbrada suavización impuesta por el proceso de transmisión, hasta el punto que en algunos casos podría hablarse de ‘memoria’ incluso para los descendientes de quien emite la reconstrucción testimonial. En otras palabras, el trauma es sí una herida eminentemente individual, pero presenta una naturaleza hemorrágica, en la medida en que se extiende, se alarga – en el tiempo y en el espacio – y, acaso con mayor impacto, mancha a quien la toca. Así, el vínculo emotivo de los hijos y nietos con

---

<sup>10</sup> Respecto a la concepción de la guerra civil como herida anímica, cabe recordar que, apoyándose en la misma metáfora, la escritora Ana María Matute (1965) definió “wounded generation” al grupo generacional al que pertenecía, compuesto por esos individuos que sufrieron la guerra en edad infantil o adolescente (para una profundización en relación con la generación de los nacidos en los años Veinte, véase Aldecoa, 1999).

<sup>11</sup> Según destaca Elizabeth Jelin (2002: 117), “la vivencia de un acontecimiento histórico es absolutamente diferente según la edad que tiene la persona en cuestión. Vivir una guerra a los cinco, a los veinticinco o a los sesenta son fenómenos subjetivos distintos: [l]a edad, el momento de la vida en que suceden los acontecimientos, deja marcas específicas, porque afecta a condiciones de vida, experiencias y horizontes futuros”. Aunque el enfoque de mi argumentación desvía de la literatura escrita por la generación de los testigos, señalo que, como es de esperar, se ha dado una profunda reflexión en el ámbito de la crítica literaria española alrededor de las variaciones en las modalidades representativas del conflicto según tomen la palabra escritores que protagonizaron el trienio bélico siendo adultos o autores que tuvieron experiencia de aquello durante la niñez o adolescencia. Para una profundización de la vinculación entre dato generacional y epistemología de la realidad circunstante remito al complejo y puntual estudio de Mannheim (1952), mientras que para una formulación del concepto de ‘generación 1.5’ como cohorte compuesta por sujetos expuestos al trauma en una edad demasiado temprana para tener un entendimiento completo o, en algunas ocasiones, siquiera memorias directas de su experiencia, señalo el trabajo de Suleiman (2002), circunstanciado al estudio del holocausto.

los sujetos traumatizados por un lado, y la significativa carga empática impuesta por la memoria del horror por el otro hacen que los

descendants of [those subjects] who witnessed massive traumatic events connect so deeply to the previous generation's remembrances of the past that they identify that connection as a form of *memory*, and [...], in certain extreme circumstances, memory *can* be transferred to those who were not actually there to live the event. (Hirsch, 2012: 3 [énfasis en el original])

Por supuesto, no se trata de memoria *strictu sensu* ni de “una réplica exacta del recuerdo” (Aguado, 2009: 111), sino, más bien, de un bagaje emotivo que no pierde de intensidad a lo largo de la transmisión familiar, de un “flujo continuo” (Aróstegui, 2004: 38) forjado sobre la base de la contigüidad generacional y – lo que es fundamental – cebado por una necesidad contingente de entender y de entenderse. Queriendo trasladar a nuestro contexto una fórmula que ha cobrado un éxito notable en el marco de la crítica postcolonial, el relato memorialista de las generaciones posteriores al trauma podría describirse como “almost the same, but not quite” (Bhabha, 1984: 127) respecto a la memoria de sus protagonistas: es experiencia transmitida y profundamente interiorizada, pero no es vivencia propia; es expresión aplazada de un discurso latente, pero es voz mediada; es explicitación por fin libre de la mordaza absolutista del franquismo, pero es narración condicionada por las trabas presentistas y utilitaristas de la política. Hirsch propone el término ‘postmemoria’ para definir semejante tipología de recuerdo putativo y vicario, propio de la experiencia “of those who grew up overshadowed by their parents’ memories of traumatic events” (Labanyi, 2007: 99). Una experiencia que, en el caso español, iría potenciada por la conflictividad intrínseca del tema de la memoria, padecida tanto por los hijos como por los nietos de la generación de la guerra civil, con variables niveles de intensidad, dependiendo, entre otros factores, del único macro-elemento diferencial entre los escritores actualmente acometidos a fabricar alguna que otra tipología de relato de la época que no vivieron, a saber, su relación biográfica con la época de la dictadura. Según teoriza Hirsch (2012: 3),

‘Postmemory’ describes the relationship that the ‘generation after’ bears to the personal, collective and cultural trauma of those who came before – to experiences they ‘remember’ only by means of stories, images, and behaviours among which they grew up. But these experiences were transmitted to them so deeply and effectively as to seem to constitute memories in their own right. Postmemory’s connection to the past is thus actually mediated not by recall but by imaginative investment, projection and creation. To grow up with overwhelming, inherited memories, to be dominated by narratives that preceded one’s birth or one’s consciousness, is to risk having one’s own life stories displaced, even evacuated by our ancestors. It is to be shaped, however indirectly, by traumatic fragments of events that still defy narrative reconstruction and exceed comprehension. These events happened in the past, but their effects continue in the present.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> En relación con el prefijo ‘post-’, que percibe como algo misceláneo e incluso abusado en los *cultural studies* norteamericanos, especifica Hirsch (2012: 6) que “[it] signals more than a temporal delay and more than a location in an aftermath. It is not a concession simply to linear temporality or sequential logic. [...] It is] a structure of inter- and transgenerational return of traumatic knowledge and embodied experience”.

El trauma es, por su propia configuración, una experiencia vital que ‘quita la palabra’, es decir que provoca un choque y una conmoción tan estorbantes como para no agotar – y, en algunos casos, siquiera dejar explorar – su potencial narrativo dentro de una sola generación. En otras ocasiones, es un bache física o anímicamente anonadante, en la medida en que literalmente acaba con la capacidad de transmisión de los testigos, cuando no con su vida<sup>13</sup>. En el caso español, la supuesta afasia – o afonía – de la generación de la guerra no depende de una inhibición o incapacidad endógena de los sujetos traumatizados – que generalmente conservan y difunden el recuerdo en el contexto de la familia –, sino que se debe más bien a la ausencia de espacios sociales y políticos para la recepción de su relato, sobre todo durante la larga época dictatorial:

In the testimonies that have appeared in Spain since the late 1990s, there is no evidence of any traumatic blocking of memory; on the contrary, the eyewitnesses appear to have perfect recall. What we do find is hesitation about whether or not to talk about the repression and of course a delay of around sixty years in bringing these memories into the public domain. (Labanyi, 2007: 109)

Los autores de las múltiples obras de ficción que han aparecido en los últimos años alrededor de la guerra civil van, entonces, acomunados por el hecho de haber sido – todos e inevitablemente – receptores de memorias y vacíos familiares que se han convertido en propios debido a que han constituido una presencia consistente a lo largo de su niñez y adolescencia. Todo hijo o nieto de la guerra civil, en efecto, cuenta con una experiencia biográfica del recuerdo transmitido del conflicto por haber absorbido dentro del ámbito familiar el que Manuel Rivas (1998: 119) en *El lápiz del carpintero* define “dolor fantasma”, agregando que es “el peor de los dolores. Un dolor que llega a ser insoportable. La memoria del dolor”<sup>14</sup>. Ser destinatarios no solamente de los recuerdos, sino también de los miedos, de los trastornos, de los silencios y de los desencajes que la generación que nos precede muestra respecto a un pasado compartido nos inviste en el ámbito familiar y, en segunda instancia, en el social de una ‘memoria afiliativa’ que, según releva Hirsch (2012: 85), nos impone cargar con un “burden of a double reality”, a saber

---

La postmemoria, entonces, va conectada no solamente con el dato temporal – ‘memoria que viene después’ – sino también con el espacial – ‘memoria que se explicita en un espacio otro respecto al del trauma’ –, lo cual adquiere una relevancia primaria, por ejemplo, en lo que atañe a la literatura producida fuera de España por los hijos y nietos del exilio.

<sup>13</sup> Según apunta Elizabeth Jelin (2002: 81), “[d]esde la primera acepción de testigo-partícipe, hay acontecimientos y vivencias de los que no es posible testimoniar, porque no hay supervivientes. Nadie ha vuelto de la cámara de gas, como nadie ha vuelto de un ‘vuelo de la muerte’ en Argentina, para contar su experiencia o aún silenciar su trauma. Este agujero negro de la vivencia personal, este hueco histórico, marca un límite absoluto de la capacidad de narrar”.

<sup>14</sup> Significativamente, el pasaje que se acaba de citar corresponde a un comentario que el personaje del médico Daniel Da Barca, protagonista la novela del escritor gallego, elabora alrededor de un prisionero de la cárcel de Santiago que se desespera por un dolor al pie derecho que en principio no puede sentir, pues el arto le ha sido previamente amputado. La memoria heredada, podría decirse, conlleva para la generación de los hijos y la de los nietos una semejante sensación de sufrimiento por algo que ya no está, pero que se percibe como presente.

la realidad de nuestros sentimientos y la del sufrimiento ajeno<sup>15</sup>. Se trata, además, de una memoria que suscita tal nivel de empatía que a menudo se fundamenta no solamente en la vinculación de sangre, desarrollada en progresión ‘vertical’ dentro de la familia, sino en “un acto [horizontal] de asociación consciente, basad[o] menos en la genética que en la solidaridad, la compasión y la identificación” (Faber, 2010: 103). Una ‘postmemoria’, en otros términos, perpetuada y asumida tras la libre elección de ‘tomar partido’ y no como deber o tributo familiar<sup>16</sup>.

Bien mirado, el sujeto dotado de (o afectado por la) post-memoria, si así queremos llamarla según la sugerencia de Hirsch, se encuentra en una delicada condición liminar que lo coloca en una posición intermedia entre la continuidad – perpetuar e incluso asumir una narración que considera incompleta – y la ruptura – cerrar ese mismo relato, poner el tan anhelado punto final y posibilitar la superación del bucle obsesivo y dañino que supone la persistencia de un trauma. Se trata de un estatus a la vez ineludible y único, marcado por la dualidad jánica que implica el estar en contacto con una memoria ‘viva’ en peligro de extinción – que, como tal, ancla al pasado –, y un impulso de renovación, de configuración de un nuevo sentido del presente con proyección futura, que encuentra su punto fundacional justamente en el alejamiento del antecedente traumático.

---

<sup>15</sup> Señalo que en su investigación Hirsch insiste particularmente en el concepto de ‘memoria familiar’, en la medida en que concibe la postmemoria como una ocasión para “*reactivate and re-embody* more distant political and cultural memorial structures by reinvesting them with resonant individual and familiar forms of mediation and aesthetic expression” (Hirsch, 2012: 33 [énfasis en el original]). La postmemoria, entonces, dentro del marco de la memoria colectiva, contribuiría a llevar a cabo un trabajo de ‘restitución’ de la memoria personal y familiar sofocada y largamente silenciada. Se trata de una interpretación que en cierta medida encaja con la percepción notablemente difundida en la sociedad española actual alrededor de la necesidad de reparar el hecho de que los vencidos, concebidos en cuanto individuos antes que como agrupación socio-política, “se quedaron sin pasado [a causa del franquismo]; se vieron forzad[o]s a pensar que lo mejor para ell[o]s y sus familias era olvidar, como mínimo, silenciar sus experiencias, sus anhelos, sus ideas, en definitiva, una parte de su identidad” (Carne Molinero en Juliá, 2006: 237). Una lectura que, según registra Sergio Gálvez, va estrechamente vinculada con la individuación en la época transicional de una desmemoria rematada por “un conflicto en donde los actores individuales y colectivos ‘portadores’ de lo que bien podría denominarse la ‘memoria e historia democrática’ de la España contemporánea fueron relegados de los grandes relatos, que han institucionalizado el discurso hegemónico” (en Aróstegui-Gálvez, 2010: 17).

<sup>16</sup> Es notable, en España, el potencial aglutinante e inspirador de la memoria afiliativa, que a menudo une sujetos para los que la adhesión a la causa memorialista – o incluso a la reivindicativa – no tiene un talante familiar o afectivo, sino que va más bien fundamentada en una profunda afinidad ideológica. Semejante aspecto de continuidad mnemónica con el pasado, que las generaciones segunda y tercera desempeñan por voluntad propia y no por coacción ‘sanguínea’, emerge con claridad en un editorial elaborado por Almudena Grandes con ocasión del setenta y cinco aniversario de la proclamación de la II República, en el cual la escritora observaba que “[l]os nietos, *biológicos o adoptivos*, de los republicanos del ‘31 nos hemos hechos mayores. Somos la primera generación de españoles, en mucho tiempo, que no tiene miedo, y por eso hemos sido también los primeros que se han atrevido a mirar hacia atrás sin sentir el pánico de convertirse en estatuas de sal. [...] Ellos no pudieron lograr [el país ideal], pero no estaban solos, porque nosotros estamos aquí. No lo perdieron todo, porque nosotros estamos aquí. No lucharon en vano, porque nosotros estamos aquí. Y nosotros somos la memoria de su futuro” (Grandes, 2006 [énfasis mío]).

La distancia generacional, según subraya Elizabeth Jelin (2002), es imprescindible para elaborar y cauterizar el trauma desde el punto de vista colectivo. Es más: además de subrayar la necesidad de apartamiento crítico como condición esencial para la racionalización del trauma, la socióloga llega a arremeter sin reparos en contra del fetichismo hacia el abstracto e indefinido concepto de ‘verdad’ que a menudo suele asociarse al relato de los testigos:

La cuestión de la autoridad de la memoria y la *verdad* puede llegar a tener una dimensión [...] inquietante. Existe el peligro [...] de anclar la legitimidad de quienes expresan la *verdad* en una visión esencializadora de la biología y del cuerpo. El sufrimiento personal (especialmente cuando se vivió en ‘carne’ propia [...]) puede llegar a convertirse para muchos en el determinante básico de la legitimidad y de la verdad. Paradójicamente, si la legitimidad social para expresar la memoria colectiva es socialmente asignada a aquellos que tuvieron una experiencia personal de sufrimiento [...], esta autoridad simbólica puede fácilmente deslizarse [...] a un reclamo monopólico del sentido y del contenido de la memoria y de la verdad. (Jelin, 2002: 61-2 [énfasis en el original])

Al mismo tiempo, no la memoria, pero sí la rememoración de recuerdos silenciados o atascados precisa para resultar eficaz y terapéutica la presencia de un receptor ajeno al trauma, que se convierta en “inabler of the testimony[ ...], as well as guardian of its process and of its momentum” (Laub, 1992: 58). Los hijos y los nietos de los rememoradores de la guerra civil, en cuanto actores sociales, reúnen, en principio, la capacidad de conferir un sentido constructivo al pasado; no obstante, cuando se produce un contacto osmótico entre la emotividad de los testigos y la de las generaciones contiguas, la representación mnemónica retrasada – o postmnemónica – peligra con plantear más trabas que ventajas. Por un lado, es posible que se produzca entre los sujetos que se disponen a asumir el rol de perpetuadores del recuerdo un traslado no solamente de las memorias traumatizadas de los padres y abuelos, sino también del sufrimiento asociado con ellas, lo que supone una innatural y mimética “fijación [...] en el acontecimiento específico de [un] pasado” que ni siquiera es propio y que acaba “obtura[ndo] la posibilidad de creación de nuevos sentidos” (Jelin, 2002: 62)<sup>17</sup>. En segundo lugar, conforme las generaciones del post-trauma cobran conciencia de su rol de ‘protectores’ de la memoria, se incrementa el riesgo de cristalizar o, lo que es peor, sacralizar el recuerdo recibido, convirtiéndolo en “repetition of the same very few images, used over and over again iconically and emblematically” (Hirsch, 2012: 106).

---

<sup>17</sup> Una poderosa representación ‘visual’ de la observación que se acaba de formular puede encontrarse entre las páginas de *Maus. A survivor's tale* de Art Spiegelman (2003), acaso la más conocida *graphic novel* sobre el holocausto, que especialmente en el ámbito estadounidense ha constituido una consistente materia de investigación para los estudios alrededor de la memoria transgeneracional. Dibujado por el hijo de judíos polacos supervivientes de Auschwitz y deslindado sobre la base de una alternancia dialéctica y gráfica entre pasado y presente – lo cual queda reflejado por el título de las dos partes que lo componen, a saber *My father bleeds history* y *And here my troubles began* –, el cómic incluye un fragmento de una obra previa del mismo autor, en la cual el mismo Spiegelman, protagonista del texto junto a su padre y nacido en Suecia tres años después de la conclusión de la segunda guerra mundial, se retrata a sí mismo, ya adulto en Nueva York, llevando el uniforme de rayas de los prisioneros de los campos de concentración, muestra metafórica y metafísica de su condena a cargar con el inmenso y en parte desconocido dolor de sus padres.

Trasladada al ámbito literario, esta última degeneración de la memoria transmitida supondría la reproducción y perpetuación acrítica de imágenes ‘archivísticas’ que, en lugar de solventar un pasado intragable, no harían sino perpetuar esquemas representativos de eficacia notablemente limitada, cuando no falaces en la óptica de la superación. Al hablar del carácter ‘archivístico’ de la memoria hago referencia en este contexto a la compleja reflexión formulada por Michel Foucault (1972) alrededor de la naturaleza selectiva y hegemónica de la enunciación, dentro de la cual el archivo queda concebido, literal y físicamente, como un ‘*a priori* histórico’, es decir como una selección deliberada y arbitraria de la que la sociedad se sirve para difundir un determinado mensaje. En lo que atañe a la literatura que estamos analizando, entonces, el peligro es que la conservación transgeneracional del recuerdo cobre los síntomas enfermizos y paralizantes del fetichismo, ocasionando

*Œuvres*, dispersed books, [a] whole mass of texts that belong to [one or more] single discursive formation – and so many authors who know or do not know one another, criticize one another, invalidate one another, pillage one another, meet without knowing it and obstinately intersect their unique discourses in a web of which they are not the masters, of which they cannot see the whole, and of whose breadth they have a very inadequate idea [...]. (Foucault, 1972: 126)

En resumidas cuentas, una secuencia agobiante de obras monolíticas que confluirían con el objetivo primario de la transmisión mnemónica intergeneracional, a saber la creación de un movimiento dialéctico entre presente y pasado, de una “dialogical structure” (Levine, 2006: 4) que posibilite el intercambio entre esfera pública y privada – fundamental es, para las memorias conflictivas, disfrutar de un reconocimiento que supere los limitados confines del ámbito familiar – y, justamente, se oponga a la fabricación de discursos rancios y cerrados.

Ahora bien, la capacidad de la literatura contemporánea para salir de las trampas y de los límites del “cronotopo del pasado presente” va determinada en medida consistente por su elección de las modalidades de representación del pasado<sup>18</sup>. Lo que sí cabe considerar relativamente a la cuestión generacional es que, si bien por lo general se observa una indudable atención – cuando no cercanía emotivo-sentimental – de los hijos y de los nietos hacia la memoria de los testigos de la guerra civil, la narrativa producida en los últimos años “no se puede aislar de los demás discursos con los que está dialogando sobre el mismo asunto [de] la rearticulación y calibración de la memoria cultural” (Hansen-Cruz Suárez, 2012: 32). Dicho de otra manera, el heterogéneo interés memorialista – que si queremos podemos definir ‘postmnemónico’ – de la literatura más

---

<sup>18</sup> Arrancando de la teoría de Mijaíl Bajtín, Hans Lauge Hansen argumenta que “la novela de memoria actual [...] puede analizarse como un cronotopo compuesto de dos cronotopos parciales: el del pasado traumático contado y el del presente desde donde se cuenta. Cada cronotopo despliega un mundo, y como el mundo del presente fundamentalmente consiste en describir el proceso de construcción literario-artístico del mundo del pasado, podemos decir que el cronotopo del pasado presente es la forma de representación literaria que corresponde a [...] la memoria de unos acontecimientos traumáticos, rememorados por las generaciones posteriores a través de la creación y difusión de textos en sentido amplio” (en Cruz Suárez-González Martín, 2013: 25-26).

reciente queda circunstanciado dentro de un horizonte político-social en el que el tópico que justamente constituye su material de creación es objeto de una disensión múltiple y a menudo utilitarista, que, como hemos observado, más que garantizar la explicitación del recuerdo, corre el riesgo concreto de desnaturalizarlo<sup>19</sup>. Así, no solamente la aportación generacional a la catarsis del trauma colectivo, sino también la misma autoridad rememoradora de los hijos y de los nietos se miden según su habilidad para superar la sencilla – y en ocasiones abusada – actualización del pasado en favor de una capacidad de reflexión más amplia y constructiva, que se extienda más allá de la frontera emotiva y consiga poner en comunicación el dato participativo con una real comprensión de la problematización y polifonía del recuerdo. Persiguiendo la intuición de Jo Labanyi (2007: 107), puesto que “the recovery process is [never] unproblematic”, el reto para la literatura transgeneracional de la memoria es rehuir la tipificación y el estereotipo ‘pasionario’, aportando en cambio una brecha sugerente y estimuladora dentro de un debate todavía lejos de cerrarse.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUADO, TXETXU (2009): “A vueltas con el pasado: disidencias de la memoria en la historia”, en Rodríguez Pérez, María Pilar (ed.): *Estudios culturales y de los medios de comunicación*, Bilbao: Publicaciones de la Universidad de Deusto.
- ALDECOA, JOSEFINA (1999): *Los niños de la guerra*, Madrid: Anaya.
- ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, JOSÉ IGNACIO (2007): *Memoria y trauma en los testimonios de la represión franquista*, Barcelona: Anthropos.
- ARÓSTEGUI, JULIO (2004): *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid: Alianza.
- ARÓSTEGUI, JULIO; GÁLVEZ, SERGIO (eds.) (2010): *Generaciones y memoria de la represión franquista*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- ARÓSTEGUI, JULIO; GODICHEAU, FRANÇOIS (eds.) (2006): *Guerra Civil. Mito y memoria de la represión franquista*, Madrid: Marcial Pons.
- ASSMANN, JAN (1995): “Collective memory and cultural identity”, *New German Critique*, n. 65, pp. 125-133.
- AZANCOT, NÚRIA (2007): “La generación Nocilla y el afterpop piden paso”, *El Cultural de El Mundo*, 19.07.2007 [edición digital].
- BERTRAND DE MUÑOZ, MARYSE (1986): *La guerra civil española en la novela. Los años de la democracia* [Tomo III], Madrid: Ed. José Porrúa Turanzas.

---

<sup>19</sup> Limitadamente al carácter conflictivo de un recuerdo que se supone común entre los miembros de una dada sociedad, señalo que el estudio de Ann Rigney (2010) individuaba en el contraste ideológico – naturalmente cuando este no cae en el extremismo – un elemento de vitalidad y conservación de la memoria, que en cambio tendería a anquilosarse y allanarse paulatinamente en condiciones de consenso indiscutido.

- BHABHA, HOMI (1984): “Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse”, *October*, n. 28, pp. 125-33.
- COLINAS, ANTONIO (2002): “La literatura de la memoria”, en Cusato, Domenico Antonio – Frattale, Loretta – Morelli, Gabriele – Taravacci, Pietro – Tejerina, Belén (al cuidado de): *Letteratura della memoria* [Actas del XXI Convenio AISPI, Salamanca, 12-14 de septiembre de 2002], Messina: Andrea Lippolis Editore, pp. 71-84.
- CRUZ SUÁREZ, JUAN CARLOS; GONZÁLEZ MARTÍN, DIANA (eds.) (2013): *La memoria novelada II. Ficcionalización, documentalismo y lugares de memoria en la narrativa memorialista española*, Bern: Peter Lang.
- FABER, SEBASTIAAN (2010): “La literatura como acto afiliativo: la nueva novela de la guerra civil (2000-2007)”, en Álvarez-Blanco, Palmar; Dorca, Toni (eds.): *Contornos de la narrativa española actual (2000-2010)*, Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert.
- FAURÉ, CHRISTINE (dir.) (2010): *Enciclopedia histórica y política de las mujeres. Europa y América*, Madrid: Akal.
- FOUCAULT, MICHEL (1972): *The archaeology of knowledge and the discourse on language*, New York: Pantheon Books.
- GALLINI, LUCIANO (2005): *Diccionario de sociología*, Madrid: Siglo Veintiuno de España.
- GAMBARTE, EDUARDO MATEO (1996): *El concepto de generación literaria*, Madrid: Síntesis.
- GÓMEZ LÓPEZ-QUINONES, ANTONIO (2006): *La guerra persistente. Memoria, violencia y utopía: representaciones contemporáneas de la Guerra Civil española*, Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert.
- GÓMEZ MONTERO, JAVIER (ed.) (2007): *Memoria literaria de la Transición española*, Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert.
- GRANDES, ALMUDENA (2006): “Razones para un aniversario”, *El País*, 25.03.2006 [edición digital].
- HANSEN, HANS LAUGE; CRUZ SUÁREZ, JUAN CARLOS (eds.) (2012): *La memoria novelada. Hibridación de géneros y metaficción en la novela española sobre la guerra civil y el franquismo (2000-2010)*, Bern: Peter Lang.
- HIRSCH, MARIANNE (2012): *The Generation of Postmemory. Writing and Visual Culture After the Holocaust*, New York: Columbia University Press.
- JELIN, ELIZABETH (2002): *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo Veintiuno de España.
- JULIÁ, SANTOS (dir.) (2006): *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid: Taurus.
- LABANYI, JO (2007): “Memory and Modernity in Democratic Spain: the Difficulty of coming to Terms with the Spanish Civil War”, *Poetics Today*, n. 28.1, pp. 89-116.
- LAUB, DORI (1992): “Bearing Witness, or the Vicissitudes of Listening”, en Felman, Shoshana; Laub, Dori (eds.): *Testimony. Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*, New York: Routledge, pp. 57-74.
- LEGGOTT, SARAH; WOODS, ROSS (eds.) (2014): *Memory and Trauma in the Postwar Spanish Novel: Revisiting the Past*, Lanham: Bucknell University Press.
- LEVINE, MICHAEL G. (2006): *The Belated Witness. Literature, Testimony, and the Question of Holocaust Survival*, Stanford (CA): Stanford University Press.
- MAINER, JOSÉ-CARLOS (1994): *De postguerra (1951-1990)*, Barcelona: Crítica.
- MANNHEIM, KARL (1952): *Essays on the sociology of knowledge*, London: Routledge.
- MANSOLIVER RÓDENAS, JUAN ANTONIO (2004): *Voces contemporáneas*, Barcelona: Acantilado
- MARTÍNEZ, CARLOS (1999): “La guerra deja huellas psicológicas en varias generaciones de afectados”, *El Mundo*, 04.07.1999, p. 12.



- MATUTE, ANA MARÍA (1965): "A wounded generation", *Nation*, noviembre de 1965, pp. 420-24.
- MORADIELLOS, ENRIQUE (2012): *La guerra de España (1936-1939). Estudios y controversias*, Barcelona: RBA Libros.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ (1962): *Paisajes de generaciones*, en Ortega y Gasset, José: *Obras completas* [vol. VIII], Madrid: Revista de Occidente.
- OTERO, MIQUI (2004): "¿Qué fue de las generaciones literarias?", *El País*, 19.08.2014 [edición digital].
- RAPHAEL, PABLO (2011): *La fábrica del lenguaje, S. A.*, Barcelona: Anagrama [edición digital].
- RIGNEY, ANN (2008): "Divided past: a premature memorial and the dynamics of collective remembrance", *Memory Studies*, n. 1, pp. 89-97.
- RIVAS, MANUEL (1998): *El lápiz del carpintero*, Barcelona: Alfaguara.
- SONTAG, SUSAN (2003): *Regarding the pain of others*, New York: Picador.
- SPIEGELMAN, ART (2003): *Maus. A survivor's tale*, London: Penguin.
- SULEIMAN, SUSAN ROBIN (2002): "The 1.5 Generation: thinking about Child Survivors and the Holocaust", *American Imago*, n. 3, vol. 59, pp. 277-95.
- TRAPIELLO, ANDRÉS (2012): *Ayer no más*, Barcelona: Destino.
- TUSELL, JAVIER (2000): "Por una política de la memoria", *El País*, 17.07.2000 [edición digital]
- TYRAS GEORGES (2003): *Geometrías de la memoria. Conversaciones con Manuel Vázquez Montalbán*, Granada: Zoela ediciones.
- VAN ALPHEN, ERNST (1999): "Symptoms of Discursivity: Experience, Memory, and Trauma", en Bal, Mieke; Crewe, Jonathan; Spitzer, Leo (eds.): *Acts of memory: Cultural Recall in the Present*, Hanover (NY): Dartmouth College, pp. 24-38.
- VILANOVA, ANTONIO (1995): *Novela y sociedad en la España de la posguerra*, Barcelona: Lumen.
- WINTER, ULRICH (ed.) (2006): *Lugares de memoria de la Guerra Civil y el franquismo. Representaciones literarias y visuales*, Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert.